

El sonido de la ausencia

El tiempo de mi casa

SAMUEL CASTAÑO MESA

(texto e ilustraciones)

Tragaluz Editores, Medellín, 2016,

43 pp., il.

LOS RITMOS marcan la vida. Como si fuera música, el latir del corazón de la madre acompaña el sueño del feto. La respiración, pausada o agitada, delata el estado de ánimo. En la naturaleza todo está marcado por un ritmo invisible, por un sonido silencioso que señala el momento de nacer, de morir, el momento de migrar o de quedarse, el tiempo para germinar o para marchitarse.

El tiempo de mi casa, libro creado por Samuel Castaño Mesa y publicado por Tragaluz Editores en 2016, también está acompasado por un ritmo propio: el del tictac del reloj, el de los ronquidos del abuelo, el del silencio de la ausencia... En la casa del joven protagonista, el ritmo tiene una imagen: la del reloj de pared, y se manifiesta a través de un sonido: el tictac que sincroniza todas las actividades y los tiempos de la familia. El abuelo, además, es pieza fundamental del mecanismo del reloj, pues es quien diariamente y sin falta le da cuerda. “En las noches más silenciosas se podía escuchar el tictac del reloj que inundaba toda la casa, acompasando los sonidos de los ronquidos del abuelo” (p. 10). Cuando el abuelo muere, el ritmo de la familia se trastoca. El reloj se detiene, el silencio lo inunda todo, el mundo se paraliza.

Este libro, de una profundidad única y aparente simplicidad, juega con la idea del duelo a través de la metáfora del silencio y el tiempo. Un reloj-casa lo contiene todo: los recuerdos familiares, la cotidianidad, el pasar de los momentos, los objetos familiares. No hay lágrimas, no se menciona la tristeza ni la pérdida, solo los vacíos. El abuelo está ausente, ausentes sus ronquidos, ausente el tictac del reloj que ya no tiene quien le dé cuerda. Las plantas ni se marchitan ni florecen, el hijo de la tía no nace, la sopa no hierve, el tiempo parece detenido en el silencio de la muerte. Sin embargo, este no es un libro triste. Por el contrario, se llena

de esperanza gracias al joven protagonista que, inquieto, habita los vacíos del difunto: esculca sus cajones, husmea en su habitación, e incluso usa su ropa, como si con ese acto el abuelo lo abrazara. De esta manera, el pequeño logra recobrar, para la familia y para la casa, el compás perdido.

Aunque se trate de un libro en el que prevalecen las imágenes, esta no es una obra exclusivamente infantil. El nivel de profundidad del relato, la belleza de su edición y de las ilustraciones, hacen que cualquier lector quiera leerla y atesorarla. Además, el tema —así como su tratamiento— es universal y atraviesa todas las edades: a veces el tiempo es marcado por el reloj, pero otras veces, como en los fines de semana o las vacaciones, por el florecimiento de las plantas, el pito de la olla de presión, el ladrido del perro o el cantar del gallo. Un elemento sí es esencial en esta obra: la mirada del niño como narrador del relato. ¿Cuál y cómo es la noción del tiempo y de la ausencia para un niño?, nos preguntamos. Y vemos que en este libro (e incluso fuera de él) el tiempo infantil no necesariamente está marcado por las horas sino por los ciclos o por ciertos momentos. El pequeño protagonista le ha escrito una carta a su abuelo ausente, la deja bajo su brazo allí donde él yace con sus medias rojas de niño pequeño; pero, aunque sabe que ya no está, parece seguir buscándolo por la casa: en sus objetos, en su ropa, en el silencio. La llave del reloj de cuerda —esa que los lectores encontramos secretamente guardada en un pequeño bolsillo, al final del libro— no es la clave para revivir al abuelo, sino para que el ciclo de la vida, ese que el niño siente como propio, retome su curso. Un detalle hermoso: la postura del pequeño al momento de darle cuerda al reloj es idéntica a la de su abuelo, el pocillo es reemplazado por un vaso, el trompo y el cómic hacen aparición. No es que el niño tome el lugar del abuelo, sino que recibe su legado, el que da lugar a las nuevas generaciones: el nieto está listo para nacer. Se trata de un nuevo ciclo para la familia, en el que los ronquidos serán reemplazados por el llanto de un recién nacido.

Samuel Castaño Mesa escribe e ilustra esta obra prestando suma atención a todos los detalles: los espacios

en blanco que ofrecen aire a los textos y a las ilustraciones; el uso prudente del collage que, en conjunto con las imágenes en lápiz y en colores claros, logra una atmósfera pausada y acogedora. Los textos son cortos, bellamente escritos, y la narración en primera persona crea un vínculo con la historia como si alguien nos contara un secreto muy profundo de su niñez. Por otro lado, la unión entre imágenes y textos propone el ritmo del tictac de un libro álbum: hay una necesidad de pasar la página y saber qué ocurrirá con la historia, pero también urge observar cada detalle. La doble página en negro es determinante para romper con el compás, cambiar el tono y escuchar el silencio del libro. Un silencio poblado de imágenes.

Esta es la primera obra escrita e ilustrada por Castaño, quien en 2011 fue uno de los ganadores del Premio Tragaluz de Ilustración “por el lenguaje poético y recursivo” de sus imágenes. El libro *Mil orejas* (Tragaluz, 2014), escrito por Pilar Posada e ilustrado por Castaño, recibió una mención especial, dentro de la categoría New Horizons, en el Bologna Ragazzi Award 2015, de la Feria Internacional del Libro de Bolonia, Italia.

Esta obra, al cuidado editorial de Tragaluz, da fe de que la belleza y la poesía están en los detalles pequeños, en la cotidianidad, en las historias familiares que, a través de la voz y las ilustraciones de este talentoso artista cartagenero, se convierten en un libro para todos los públicos.

Zully Pardo